

María Liliana Da Orden*

⇒ Socialismo y nación en la Argentina moderna: un recorrido a través de las ideas y las prácticas políticas de Juan B. Justo

Resumen: En el marco de las investigaciones sobre el proceso de construcción de las naciones y los nacionalismos, el artículo aborda el pensamiento de Juan B. Justo, uno de los principales referentes del socialismo argentino y americano de principios del siglo XX, cuya obra ha sido escasamente explorada. Teniendo en cuenta su vinculación con la II Internacional, a través de los discursos y artículos periodísticos y de los escritos más teóricos, se busca trazar una genealogía de las ideas de nación y nacionalismo que tiene en cuenta las prácticas políticas y los sujetos a los que se dirigía (inmigrantes, trabajadores, afiliados y/o dirigentes), así como el cambiante contexto interno e internacional. Inversamente a lo que se cuestionó como una posición europeizante, se sostiene que el discurso de Justo evidencia un esfuerzo permanente por adecuar la ideología partidaria a la realidad argentina que configuró una original y específica visión sobre la nación.

Palabras clave: Juan B. Justo; Socialismo; Nación; Argentina; Siglo XX.

Justo fue una de esas grandes figuras que caracterizaron a la Segunda Internacional. Injustamente soslayado en ese plano, su personalidad relevante quedó sepultada bajo la pesada lápida con la que el movimiento revolucionario, [...] intentó enterrar toda la significación histórica de esa vastísima y controvertida experiencia social.

José Aricó (1999 [1981]: 70)

Internationalisme et nationalisme se sont, en effet, en partie développés l'un par rapport à l'autre et en opposition l'un à l'autre.

R. Girardet (1983: 17)

En las últimas décadas del siglo pasado la eclosión de los nacionalismos ha tomado desprevenido a más de un observador atento del mundo actual. Además de la significa-

* *María Liliana Da Orden (Universidad Nacional de Mar del Plata): especialista en Historia Social y Política argentina. Es autora del libro Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata (2005) y de publicaciones en revistas como Historia Social, Storia Urbana, Histoire & Sociétés o Estudios Migratorios Latinoamericanos. E-mail: mldaor@mdp.edu.ar.*

ción social y política que supuso, por cierto dramática en muchos casos, ello contribuyó a renovar el interés historiográfico por el tema. El “renacimiento” de la historia política, ya superados los prejuicios de que fuera objeto, contribuyó a ese resultado. Así, una mirada no escindida de lo social y cultural a esta antigua temática, le aportó un matiz diferente al subrayar el carácter histórico de la nación. Se trata, como se sabe, de un fenómeno que no se remontaría más allá del siglo XIX y en cuya construcción las elites dirigentes desempeñaron un importante papel. Más allá de la adhesión que obtuvo con el tiempo por parte de vastos sectores de la sociedad, la “invención de la tradición” se convirtió así en uno de los ejes interpretativos del surgimiento de las naciones (Hobsbawn 1988; 1992). En una perspectiva “desde arriba”, Ernest Gellner (1988: 79-80) ha afirmado incluso que fueron los nacionalismos los que han dado en crear a las naciones y no a la inversa.

Clásicamente la preocupación por la nación ha estado asociada a posiciones de poder y a sectores políticos de derecha, de los cuales los nacionalismos de entre guerras habrían sido la expresión más extrema. La historia política de los países centro y sudamericanos, atravesada por la emergencia de gobiernos autoritarios y violentos que hicieron del nacionalismo una de sus principales banderas contribuye no poco a ratificar tal supuesto. No obstante, dichas vinculaciones no son meramente lineales toda vez que se han puesto en evidencia los orígenes revolucionarios del concepto de nación.¹ De hecho, al menos para el caso argentino, se ha puesto en evidencia la corriente liberal que hasta los años treinta impregnó incluso a los nacionalismos más extremos (Devoto 2002).

Lo cierto es que las organizaciones nacionales ya habían constituido un desafío para las izquierdas en el seno mismo de la institución paradigmática del internacionalismo. Como analizara en forma brillante Georges Haupt (1978: 97-102), los sucesos posteriores a la guerra franco-prusiana habían presentado a las naciones como una realidad ineludible a la que los trabajadores debían enfrentar con nuevas formas de organización que superaron a la I Internacional. De hecho, más allá de sus enfrentamientos, Marx y Bakunin coincidían en la necesidad de tener en cuenta la especificidad del movimiento obrero de cada país.

De este modo, a partir de la Revolución Francesa y la difusión de las prácticas democráticas no dejó de existir una ambigua relación entre los movimientos de izquierda y aquellas tendencias que refuerzan el surgimiento de comunidades imaginarias –en la expresión de Benedict Anderson–, como es el caso de la nación. Mucho antes de que se produjera la crisis del colonialismo, la conciencia de clase y la conciencia nacional no fueron entonces conceptos excluyentes (Hobsbawn 1992: 132-136).

Muy distinto habría sido el vínculo entre socialismo y nación en el caso argentino, a juzgar por las críticas que en los años sesenta algunos sectores de izquierda realizaron a ese partido y a la figura de quien le imprimiera su orientación política desde los comienzos. Según esta visión, el internacionalismo de Juan B. Justo –uno de los fundadores y máximo dirigente del Partido Socialista en su época de mayor convocatoria electoral–,² habría conducido a esa organización a una postura que reforzó la dependencia del país.

¹ Tempranamente Roger Labrousse (1946) había señalado la relación existente entre jacobinismo y nacionalismo, viendo a éste como una herencia duradera de la Revolución Francesa. Una relación análoga ha sido rastreada por Girardet (1983) y Winnock (1982).

² Juan Bautista Justo (1865-1928), médico de profesión, adhirió al socialismo hacia 1892. Fundó *La Vanguardia* (1894), principal órgano periodístico del socialismo argentino, y fue uno de los impulsores de

El desconocimiento de la realidad argentina que habría caracterizado a este dirigente había sellado el destino de un partido que no había sido capaz de luchar contra el imperialismo y la dependencia que aquejaban al país.³ Como muchas lecturas del pasado, esta interpretación se inscribía en un contexto político posterior cuando, una vez caído el peronismo que muchos sectores de izquierda veían como un fenómeno nacional y popular, los socialistas que alimentaron los tópicos antiperonistas más radicalizados constituían uno de sus principales detractores (García Sebastiani 2005). Y es que en la visión maniquea que predominaba en la política de esos años, el socialismo había quedado del lado opuesto de la liberación nacional.

Por otros motivos, también en las primeras décadas del siglo XX el partido había sido objeto de análogas acusaciones. En efecto, sea por el clima de amenaza que instalaba la “cuestión social”, sea por los resultados electorales que le habían permitido el acceso a la Cámara de Diputados, lo cierto es que el socialismo recibió duros cuestionamientos de conservadores y radicales que competían en el mismo terreno como abanderados del patriotismo (Solberg 1970: 122-127; Halperin Donghi 1987: 189-234). Una posición compartida incluso por socialistas europeos como Enrico Ferri que a su paso por Argentina consideró al partido como una “planta exótica” dentro del panorama político argentino.

Ahora bien, teniendo en cuenta la mencionada compatibilidad entre el pensamiento de izquierda y las distintas concepciones de nación, no sería desdeñable una consideración más detenida de la posición de Justo en el contexto en la que fuera formulada. La genealogía de su pensamiento, estrechamente vinculado a la práctica política, permite considerar hasta qué punto su discurso, por cierto internacionalista, configuró también una visión específica de la nación. Que la cuestión nacional constituyó uno de los ejes en torno de los cuales giraban sus preocupaciones lo demuestra el hecho de que una sus obras se titulara *Internacionalismo y patria* y que en el terreno de los hechos, buena parte de las escisiones que sufriera ese partido se produjeran en función de la posición internacionalista que debía o no adoptarse (Walter 1977; Tortti 1988; Adelman 1992 y 2000), lo cual de suyo implica una formulación de lo nacional. Por otra parte, como en el contexto europeo, la opción reformista y electoralista del partido ¿no haría necesario un discurso que integrara a la heterogénea masa de trabajadores –habida cuenta del elevado componente de origen inmigrante que la conformaba– y tuviera como efecto indirecto la consolidación de la nación? ¿En qué medida la posición más teórica, que es la que consideran algunos de los críticos de Justo, debió matizarse frente a los diversos y cambiantes sujetos a los que estaba dirigida? En el mismo sentido, ¿qué papel jugaron las alternativas que sufriera la política internacional en las primeras décadas de este siglo?

la constitución del partido en 1896. Influyó decisivamente en la vida partidaria hasta su muerte. Sus discursos y textos teóricos tuvieron distintas ediciones que a partir de 1928 comenzaron a publicarse como *Obras completas* en seis volúmenes. Entre los muchos escritos socialistas sobre este dirigente se destaca la interesante biografía de Luis Pan (1991). Para una síntesis historiográfica y una excelente interpretación ver Portantiero (1999).

³ Así por ejemplo, un texto escrito a mediados de los sesenta señalaba: “Afirmamos que Juan B. Justo procedía con conciencia colonial, porque quería aplicar a la Argentina la teoría creada por la conciencia de los países capitalistas industrializados generalizando los hechos de la realidad de esos países” (Puiggrós, R. 1986: 53). Sobre el contexto de los sesenta y el socialismo ver Tortti (2002) y Camarero y Herrera (2005: 45).

La definición internacionalista

Si consideramos los escritos marcadamente doctrinarios, en especial aquellos que no estaban destinados a un auditorio o un lector diario, pocas dudas caben de que en el marco de su posición ideológica, el máximo exponente del socialismo argentino sostenía un discurso universalista contrario a la idea de nación. Esta posición tenía su fundamento en la teoría de la historia que Justo desarrolló a partir de una combinación de las ideas y métodos positivistas con la concepción marxista de la lucha de clases, en una amalgama en la que, más allá de Ravenstein, con quien más frecuentemente se lo ha filiado, habría que rastrear la influencia de dirigentes como Jean Jaurés (Aricó 1999 [1981]).⁴ La historia, según esto, se hallaría regida por leyes biológicas, económicas y sociales que conducen en forma gradual, continua e inevitable al establecimiento de un orden internacional. Así, la lucha por la vida (su producción y reproducción) sería el fundamento biológico de las sociedades, al que se le opone el mundo técnico-económico “con el cual comienza propiamente la historia” (Justo 1931: I, 56). Siguiendo este razonamiento, el progreso de la técnica tendría una fase decisiva en el desarrollo de los transportes, base de una civilización universal, a la que también contribuye el desarrollo de la industria y la concentración de las empresas en *trust*. Por último, también la lucha entre las clases antagónicas, “la clase rica y noble” defendida por el Estado y “las clases subalternas”, converge en el mismo fin. En efecto, del mismo modo que la burguesía internacionalizó sus intereses, también los trabajadores se organizaron para enfrentar al capitalismo. Así, “Ni la diversidad de lenguas, ni los prejuicios patrióticos sembrados por la historiografía tendenciosa, impiden ya entenderse a las masas trabajadoras agremiadas”, escribía en 1909, cuando los sucesos de la Primera Guerra Mundial aún no habían conmovido a la II Internacional (Justo 1931: II, 9-95, 102).

En suma, el desarrollo técnico, la expansión capitalista y la organización de los trabajadores más allá de las fronteras, todo tendía, según esta visión, a un universalismo superador de las naciones. Su posición evolucionista lo hacía coincidir con la concepción liberal (de la que tampoco fue ajeno el pensamiento marxista), según la cual, como entre otros ya había señalado Juan B. Alberdi, la nación sería tan sólo un estadio del desarrollo histórico. En efecto, al rebasar los localismos y regionalismos, ésta sólo constituía una instancia previa al definitivo establecimiento del orden internacional. Por eso afirmaba:

Antes, cuando las relaciones entre las colectividades humanas no podían ser determinadas como hoy por claros principios económicos, ni había en todos los países una clase entera que, como el proletariado moderno, estuviera en abierta revolución contra el sistema social reinante, ese oscuro y ciego instinto que se llama patriotismo ha tenido su razón de ser y ha sido una fuerza. Hoy es causa de debilidad y atraso. *La Vanguardia*, 9/1/1897 (Justo 1947: 34).

⁴ Ante los afiliados al partido el propio Justo señaló en 1920: “El teorema spenceriano de la evolución social del tipo militar a un tipo industrial definido, fué uno de los motivos ideológicos de mi adhesión al socialismo [...] La lectura de Marx me hizo ver más allá; [...] De las ideas de Spencer me quedó, sin embargo, bastante sedimento [...]” (1947: 318-319). Sobre la influencia positivista en este dirigente ver Ricourte Soler (1968: 198-237).

La idea de nación, como una realidad emergente de la conjunción de tradiciones, valores culturales y características étnicas en un territorio unificado, vigente a fines del siglo XIX, fue cuestionada entonces por su carácter artificial e impuesto:

Para excitar a las masas a la guerra, se cultivan sus sentimientos colectivos más próximos a la animalidad, la superstición miedosa, el instinto de raza, el fanatismo patriótico, y allá van ellas como el toro contra el trapo rojo, ciegas y enfurecidas, tras la bandera o el símbolo religioso (Justo 1931: I, 117).

Siguiendo una línea conocida en el pensamiento de izquierda, en un discurso del 1° de Mayo de 1896 Justo identificó a la nación con la clase, designando a la burguesía como la “nación enemiga” y al Estado como su representante, a la vez que denunció “la estructura patriótica en que suelen caer las oligarquías depravadas e ineptas al aproximarse el término de su dominación” (Justo 1947: 29; 227-230 y 1931: II, 486). De acuerdo con el cientificismo que profesaba, el patriotismo y sus diversas manifestaciones rituales eran igualadas a los instintos y supersticiones que debían derribarse. El sentimiento patriótico sería así “uno de los mayores obstáculos que se oponen a nuestra causa”, por lo que recomendaba a los socialistas no participar en las fiestas patrias como una “cuestión de táctica” frente a la burguesía y el “vulgo” (*La Vanguardia* 10/6/1896, en Justo 1933: 194). Por lo mismo, el himno era reducido a la categoría de una simple canción y la bandera a un trapo, a la vez que, ya como diputado nacional, manifestaba en la Cámara que nada le importaban los símbolos (Justo 1933: 66, 72, 237), provocando el escándalo de los dirigentes que, para la época del Centenario, habían elaborado una suerte de liturgia en torno de esos emblemas.

Paradójicamente el valor que representaba el establecimiento de un capitalismo universal para el desarrollo del proletariado lo llevaba a aceptar la existencia de una “jerarquía de las naciones” y la posibilidad de la guerra como instrumento para “abrir nuevas zonas del medio físico-biológico a la acción inteligente del hombre” (Justo 1931: I, 131-32, 199). Idea ésta que fácilmente podría emparentarse con el darwinismo social que avalaba la política imperialista de los países industrializados en nombre del engrandecimiento de la nación. De la mano de ese concepto exaltaba los beneficios del libre comercio, que en el mundo moderno vendría a reemplazar el papel que anteriormente desempeñaba la guerra en favor de la mezcla de pueblos (Justo 1931: II, 193-94). Manifestaba así una visión eurocéntrica que por otra parte también había caracterizado a los máximos dirigentes de la II Internacional (Gely 2005).

Las prácticas políticas y la formulación de un concepto de nación

No resulta extraño entonces que una lectura lineal de este discurso viera en él la aplicación automática de doctrinas europeas a un país cuya realidad, en el mejor de los casos, se pretendía transformar, bien que a partir de un total desconocimiento de sus necesidades y su situación particular. Sin referirse directamente al tema que nos ocupa, un juicio similar fue vertido no por los críticos posteriores sino por un socialista contemporáneo. Como adelantamos, en una visita de tono académico al país, en 1908, el socialista italiano Enrico Ferri había llamado la atención sobre el hecho de que “el Partido Socialista es

importado por los socialistas de Europa que inmigran a la Argentina, e imitado por los argentinos al traducir los libros y folletos socialistas de Europa”. Según su opinión la inexistencia del proletariado habría impedido a Marx escribir *El Capital* en la Argentina, de donde se deducía que aquí el partido no podía ser otra cosa que una “flor artificial” (discurso en el Teatro Victoria, en Justo 1947: 238-240).

La encendida respuesta de Justo nos pone en la pista de una interpretación diferente acerca de su percepción de las singularidades del país. Según este político el “dogmatismo estrecho” del dirigente italiano le había impedido “ampliar su propio concepto del Socialismo bajo la influencia de lo que aquí hacemos y pensamos”, haciendo referencia así a una peculiaridad del partido que estaba en relación con las características que había asumido el capitalismo en Argentina y Sudamérica –una entidad con la que frecuentemente asimilaba al país en sus escritos–.⁵ Como resultado de la “colonización sistemática” a que había estado sometida Latinoamérica se produjo el surgimiento de un proletariado (tanto urbano como campesino) desposeído de los medios de producción, de modo tal que si aquí no eran aplicables los principios socialistas de los países industrializados, sí era practicable un “*colectivismo posible*, capacitando a la clase trabajadora para la cooperación libre y la acción política” (Justo 1947: 245, el subrayado es nuestro). La comparación con modelos europeos que realizara Ferri pone de manifiesto la necesidad de diferenciar a este partido. Por eso señala que

En nuestra evolución técnico-económica nacional, la tahona y las corporaciones cerradas de gremio han tenido menos papel que en la de Europa. Nunca llegará tal vez la mayor parte de nuestro suelo a estar dividido, como el de Francia, en fracciones de menos de 40 hectáreas. Así también es infinitamente probable que en nuestra evolución política no haya lugar para el partido radical a la francoitaliana que nos receta el señor Ferri (Justo 1947: 247).

En el caso argentino, si la economía agrícola constituía un obstáculo para la teoría socialista, la respuesta a ese problema estaba precisamente en formular un programa que contemplara tal condición.

El énfasis que puso Justo en la formulación de políticas para lo que consideraba “el problema más palpitante de la vida nacional”, esto es, el latifundio y el consiguiente desarraigo de la masa de trabajadores agrícolas, se había patentizado siete años antes de la polémica con Ferri. Desde 1900, su experiencia en Junín –una localidad rural bonaerense a la que fue a vivir–, le permitió elaborar *El Programa Socialista del Campo* (Justo 1917). Allí se incorporaron propuestas específicas que daban cuenta de una capacidad de adaptación ya evidenciada en la formulación del programa mínimo de 1896.⁶ La insistencia en esta temática se evidenció en la participación de los socialistas en los conflictos agrarios de 1912, así como en diversas iniciativas parlamentarias (Adelman 1989;

⁵ La posición de Justo sobre Sudamérica como identidad colectiva merecería ser indagada habida cuenta del cuestionamiento que se le hiciera frente a socialistas al parecer más sensibles a la realidad latinoamericana como Manuel Ugarte, José Ingenieros o el propio Alfredo Palacios. Creemos que en este aspecto su pensamiento también puede dar lugar a otras interpretaciones.

⁶ En su discurso en el congreso inaugural del Partido, Justo había señalado “En cuanto a programa, la poca actuación política del pueblo argentino nos obliga a ser modestos, y presentar sólo las reformas más comprensibles para todos, y de realización más urgente y más fácil” (Justo 1947: 31).

Berenstein 1989). Como algunos autores han señalado no se puede aquí acusar a Justo de “europeizante” o desconocedor de la realidad “nacional”. La originalidad del planteo de la cuestión agraria –que proponía el cooperativismo, la mejora de los contratos de arriendo y la apropiación de la renta del suelo por parte del Estado a través de una política impositiva–, se sustentaba en un reconocimiento del particular desarrollo del capitalismo en la Argentina. Junto con otras prácticas y discursos de este dirigente constituye una concepción del socialismo que permitieron al historiador Aricó dar certera cuenta de la singularidad del pensamiento que implicó “la hipótesis de Justo” para la sociedad argentina (1999 [1981]: 65-147).

Por lo demás, esta visión presenta interesantes contrapuntos frente a la postura que contemporáneamente sostuvieran los socialistas de los Balcanes. Aunque en un contexto económico y social ciertamente distinto del argentino, preocupados como estaban por la problemática nacional y la realidad básicamente agraria de la región, en su mayoría estos dirigentes resistieron las incitaciones de Kautsky en favor de una doctrina que los apartara de la ortodoxia socialista de la Europa industrializada (Haupt 1978: 218-219). Este lúcido reconocimiento del país ¿acaso no contrapesaba el declarado universalismo de los escritos teóricos? Aunque no suponía un discurso declaradamente nacionalista, en tanto percepción de la realidad particular que entrañaba el país, contribuía a reforzar la perspectiva de la nación desde una concepción bien distinta de la que sostenían sus más claros expositores.

Otra dimensión de la realidad iba a impactar de un modo análogo en la concepción internacionalista de este dirigente. En efecto, la inmigración de masas iniciada en 1880 había transformado el litoral atlántico de tal manera que hacia 1914 ciudades como Buenos Aires contaban entre sus habitantes con cerca de un cincuenta por ciento de europeos. A la opción electoral que había incidido en el socialismo europeo occidental a favor de una “nacionalización” de los partidos, se sumaba aquí la condición de los potenciales votantes. ¿Cómo conciliar la opción parlamentaria con el hecho de que buena parte de los trabajadores careciera de ciudadanía argentina? La preocupación por la naturalización de los extranjeros se constituyó así en otro de los ejes del discurso justista que debió cuidarse de la susceptibilidad del liderazgo étnico que aglutinó a las colectividades mayoritarias. De este modo, pese a las limitaciones que suponían las diversas nacionalidades para la constitución de los trabajadores en una clase homogénea, su prédica debió quedar reducida exclusivamente a la adquisición de los derechos políticos. En las polémicas que entablara con la prensa italiana –una de las más poderosas de la época–, reconociendo la fuerza del argumento patriótico en la constitución de la elite que representaba, el dirigente socialista dejaba en claro que

La renuncia voluntaria a ser súbdito de Humberto o de Alfonso XIII no es la renuncia a ninguno de los sentimientos nobles y hermosos que unen a los italianos y españoles aquí residentes con sus respectivos países; es la renuncia a un vínculo puramente legal y político, no étnico, ni sentimental, ni moral; a un vínculo remoto y estéril, para adquirir otro inmediato y fecundo [...] (*El Diario del Pueblo* 25/10/1899, en Justo 1933: 215).⁷

⁷ Este artículo respondía al diario *L'Italia al Plata*. En una polémica con *La Patria degli Italiani* sobre el mismo tema había reconocido unos días antes “Ese sentimiento, ese amor a la tierra donde se ha nacido y vivido, lo aplaudimos sin reserva mientras, traduciéndose en fuerza y en vida, sirve a sus altos fines”

La convicción de que los males de la política “criolla” sólo podrían solucionarse por medio de la participación electoral de los inmigrantes —una preocupación que, desde otra óptica, ya había manifestado el ex presidente Sarmiento—, obligaba al dirigente socialista por un lado a reconocer los valores patrióticos de los sujetos a los que se dirigía, más allá del rechazo proclamado en su posición internacionalista, y por otro, en un movimiento aparentemente contradictorio al anterior, a declarar la necesidad de la naturalización. Por su efecto integrador, esta instancia básicamente instrumental no dejaba de confluir con otros proyectos en el proceso de construcción de la nación (Falcón 1984). Que la “argentinización” era la consecuencia indirecta de la preocupación de Justo por el tipo de acción que debía encarar el partido frente a la política del país, lo ponía en evidencia el ejemplo negativo que para él ofrecían quienes no habían podido organizarse más que por “ramas de nacionalidad”. Así lo manifestó en una conferencia ante uno de los centros socialistas de la capital, publicada en *La Vanguardia* en 1920,

los socialistas de Estados Unidos no han entrado a fondo en la política del país, se han atenido demasiado a las doctrinas y fórmulas europeas [...] y pesan en la política de aquella gran nación mucho menos que nosotros en la de ésta (Justo 1933: 171-72).

Los esfuerzos por lograr que los inmigrantes adquirieran la ciudadanía argentina, los intentos por incorporarlos a instituciones no étnicas y en grado no menor, los efectos que seguramente debían tener las incontables conferencias donde se aludía a la historia argentina, sus héroes y fechas significativas, sin duda debieron ejercer efectos integradores. Más allá de que los resultados fueran todo lo amplios que Justo visualizaba, lo cierto es que según su percepción:

Le tocó [...] al Partido Socialista la alta y patriótica tarea de argentinizar al inmigrante, de incorporarlo a la vida nacional, hacerle conocer la Constitución y la ley, de interesarlo por la vida pública y política del país.⁸

Apreciaciones que cobran verosimilitud si tenemos en cuenta el menor interés e incluso la oposición que a la cuestión de la nacionalidad —en cuanto integración al Estado—, le brindaban corrientes de izquierda como el anarquismo y el sindicalismo que por entonces se disputaban la atención de los trabajadores (Falcón 1986-1987). De este modo, al pretender que los inmigrantes se desprendieran de sus “prejuicios” patrióticos adquiriendo la ciudadanía, el internacionalismo deseado por el dirigente socialista paradójicamente confluía con el proceso de “argentinización” desplegado por la dirigencia para la consiguiente consagración de la nación.

Por su impacto social, la posición de Justo en cuanto a la organización del partido debió tener análogas consecuencias. En efecto, pese a ser una organización de los traba-

(Justo 1933: 209). A poco de fundado el Partido Socialista, Justo publicó numerosos artículos sobre la naturalización de los extranjeros, tanto en órganos partidarios como en diarios como *La Nación*, de distinta adscripción política y gran circulación.

⁸ No deja de ser significativo que tales conceptos se vertieran en el salón Unione e Benevolenza, perteneciente a una de las instituciones italianas más importantes de Buenos Aires (17/8/1902). Así también, en el artículo que le solicitó el diario *La Nación* para la celebración del Centenario, Justo ponderó la “función de asimilación” que había tenido el movimiento socialista en el país (Justo 1947: 203 y 234).

jadores, identidad que en principio podía entrar en conflicto con la nacional, este dirigente no veía inconvenientes en que otros sectores se incorporaran al partido. En varias oportunidades había señalado la convergencia de intereses que podía darse entre trabajadores, profesionales —¿una justificación de su propio papel?— y pequeños propietarios y capitalistas. Esta acción inclusiva era reforzada por la concentración de poder en una dirigencia que estaba fuertemente signada por las consignas de Juan B. Justo. La necesidad de participar en el sistema político, antes que profundizar la división de la sociedad en clases antagónicas, tendía a acentuar la convivencia dentro del sistema político, lo cual no dejaba de incorporar nuevos ingredientes a la tarea de construir una comunidad amplia y a la vez homogénea.

Los propios socialistas, destinatarios del discurso de Justo, también contribuyeron a matizar la posición internacionista. En efecto, la aplicación a ultranza de esta ideología provocó no pocos conflictos internos. Entre otros dio cauce a planteos que sostenían la necesidad de llevar a cabo una propaganda antipatriótica. La respuesta del líder del partido no dudó en calificar de “extravagante e insensata” semejante medida. Con dureza señaló,

Ningún hombre en uso de razón puede querer mal para el país en que vive, para el grupo humano de que forma parte. Sólo un estado mental como el que conduce al suicidio puede hacer desear la ruina del propio país, de la propia comunidad social (*La Vanguardia*, 22/03/1906, en Justo 1933: 225-226).

La cuestión de “la patria y las banderas” fue objeto de numerosas discusiones internas entre las cuales solían terciar los maestros de las escuelas fundadas por los socialistas (Becerra 2005). Terciando en ese debate, Justo reconoció la vigencia que en 1909 aún tenían los límites nacionales y señaló,

No hay conflicto entre el amor por el pueblo de que formamos parte y el amor por la humanidad, sino cuando se señalan al pueblo lindes arbitrarias que sólo responden al mantenimiento de predomios tradicionales. Y también cuando se ignoran las diferencias reales que separan a los hombres.

No obstante subraya:

El desprecio real o ficticio, por el propio grupo es una aberración. Habrá mejores, pero no nos aproximamos a ellos ni nos acreditamos en su opinión, despreciándonos a nosotros mismos. El antipatriotismo es una monstruosidad que aleja entre sí a los hombres en vez de conciliarlos (*La Vanguardia* 10/06/1909, en Justo 1933: 236).

La acción política y la confrontación con posiciones más extremas habían llevado a Justo, de la idea de nación como un estadio previo al internacionalismo, a acentuar precisamente ese “momento” de la evolución histórica. De este modo se fue trazando una visión de la nación dentro de la propia ideología socialista y a un nacionalismo “fanático” y “provincialista” se le opuso un nacionalismo de contornos positivos que rescataba “lo bueno y vital de la nacionalidad” (Justo 1947: 203).

Al nacionalismo espurio de la oligarquía, opongamos el *nacionalismo obrero*, para el cual la nación son los hombres que trabajan en el país en un momento dado, y que mide nues-

tro progreso, no por el brillo de la colonia argentina en París, sino por el nivel de vida y cultura de los productores en suelo argentino (*La Vanguardia* 29/9/1911, en Justo 1933: 120-121; el subrayado es nuestro).

El nivel de consumo de los trabajadores, los salarios reales, la concurrencia a escuelas y bibliotecas, la disminución de la mortalidad y la criminalidad eran algunos de los índices “mensurables” que definían un nacionalismo opuesto al “patriotismo verbal”, como señalara en su conferencia en el Ateneo en 1898 (Justo, 1933: 172). La solidaridad y la justicia social eran las principales características de este nacionalismo. Una posición que se impuso oficialmente en el partido cuando, hacia 1916, la discusión interna sobre el patriotismo volvió a instalarse “con mayor intensidad que nunca”.⁹

Lo nacional definido como solidaridad social no hacía más que llevar a un terreno muy transitado para la época del Centenario los objetivos democratizadores que el socialismo se había propuesto en otros ámbitos de acción y que se presentaba no como un reemplazo de la evolución trazada por el país hasta el momento, sino como su continuidad y superación. Así, por el contenido social que se les imprimía, también las representaciones de la patria y del nacionalismo vigente cobraban un nuevo sentido. Como una síntesis de esa concepción y de los diversos aspectos en torno de los cuales se fue consolidando, al fundamentar su proyecto de construir mil escuelas primarias que serían inauguradas en el Centenario de la Independencia, el diputado socialista señalaba en la Cámara,

Pretendemos, señor presidente, ser los más firmes sostenedores de la independencia nacional. Desde luego, porque nos proponemos en todos los momentos, [...], la elevación material, intelectual y moral de los pobladores del país argentino, de los ciudadanos argentinos y de los extranjeros que vienen aquí a aportar el esfuerzo de sus brazos, [...] trabajamos en el sentido de que se incorporen a nuestra entidad política, a nuestra nación, esos mismos extranjeros, para que dejen de vivir entre nosotros como una raza de metecos, [...]. Y también estamos seguros de contribuir al afianzamiento de nuestra independencia, [...], al mantener relaciones estrechas y firmes con grupos parlamentarios extranjeros, [...], grupos compuestos de hombres que han de sostener la independencia argentina con tanto ahínco como nosotros si llegara el caso de producirse alguna veleidad imperialista contra los países de Sudamérica (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados 28/7/1915, en Justo 1933: 79-82).

Esta última referencia nos pone en contacto con otra de las dimensiones en cierto modo innovadoras de esta definición de lo nacional. Contrariamente a lo que algunos intelectuales de izquierda de los sesenta consideraron como la actitud colonialista de Justo –en virtud de su apoyo al librecambio en defensa de los consumidores–, éste denunció lo que creía una injerencia peligrosa para la independencia argentina. Ironizando sobre la “restauración nacionalista” practicada por una clase gobernante aliada a las finanzas internacionales, repetidamente señalaba en *La Vanguardia* que el capital extranjero “es ya entre nosotros una gran potencia política contra cuya acción extorsiva y

⁹ En una conferencia ante la Juventud Internacional sobre “el socialismo y el principio de nacionalidad”, el diputado Adolfo Dickmann, desarrolló esta visión de Justo sobre la nación, avalándola con las contribuciones de su hermano Enrique, Mario Bravo y Antonio de Tomaso, todos integrantes de la cúpula partidaria (Dickmann 1933).

corruptora es especialmente urgente luchar” (Justo 1933: 237-40). Asimismo, sin rechazar los beneficios que implicaba el ingreso de capitales al país, los lectores del diario socialista podían seguir sus repetidas acusaciones contra la burguesía “ausentista” o contra las intervenciones imperialistas que afectaban a Cuba, Puerto Rico, África o la India (Justo 1933: 220-224, 230-232).

En ese contexto propuso el control estatal de las empresas británicas propietarias de ferrocarriles, una cuestión que iba a cobrar cada vez mayor vigencia hasta su polémica concreción durante el peronismo. Así, en 1914 señalaba en la Cámara de Diputados que tal medida se ocupaba “de algo fundamentalmente bueno, de algo nacional por excelencia, de algo argentino, de algo de interés popular [...]” (Justo 1933: 78). Esta concepción del “nuevo nacionalismo que nos hace falta” –como manifestara en el mismo recinto siete años más tarde (Justo 1933: 102)–, no pretende forzar la lectura del pensamiento de este dirigente sino sólo poner en evidencia, como ya señalara Halperin (1987), las variaciones de un discurso que es susceptible de interpretaciones mucho más complejas que las tradicionales.

El vínculo que el líder socialista estableciera entre la economía y la nación también se estrechaba en el análisis del pasado, una de las dimensiones que en el siglo XIX fuera considerada funcional a aquella última. En un análisis no radicalmente distinto del que los historiadores liberales realizaran –se apoyaba en autores consagrados como Vicente Fidel López o Bartolomé Mitre–, interpretaba los sucesos de Mayo, las montoneras o la “dictadura” de Rosas a partir de la economía y la sociedad de su tiempo, aspectos que, a su entender, explicaban la evolución desplegada por el país.¹⁰ Figuras del panteón liberal como Rivadavia, Sarmiento o Alberdi, por distintas razones que las ya conocidas, merecían un lugar junto a los “héroes” de la evolución técnico-económica que era necesario destacar (Justo: 1933: 215, 270-2, 330 y 1947: 276). ¿No era ésta una de las formas, quizás privilegiada, de “invención” de la nación? Como en los países europeos, particularmente Francia (Ozouf 1984) cuyo modelo se buscó imitar, la recurrencia a la historia en las escuelas se veía como uno de los medios más idóneos para validar el nacimiento de una entidad que, por reciente, necesitaba de una génesis que la afirmara (Bertoni 2001; Devoto 1992). En ese sentido, lejos de cuestionar la necesidad del surgimiento y construcción de la nación, como supuestamente reclamaba una posición claramente internacionalista, las permanentes referencias a la historia del país en escritos teóricos, conferencias y artículos periodísticos legitimaban los orígenes de la nación desde una perspectiva menos utilizada que la del acontecimiento político.¹¹ Que esto fue en buena medida así, lo revelan los directivos de las escuelas socialistas que asistían con sus alumnos a los festejos patrios con la anuencia del máximo órgano periodístico del partido (Becerra 2005).

¹⁰ Una síntesis de la interpretación de Justo sobre la historia argentina puede verse en *La teoría científica de la historia y la política argentina* (Justo 1933: 153-174).

¹¹ La respuesta a una consulta realizada por una directora de escuela da un ejemplo del rol que Justo le asigna a la historia: “opino que la enseñanza de la Historia en la escuela primaria ha de contribuir a dar a los niños ese patriotismo sin palabras, si por Historia se entiende el desarrollo de la humanidad y de la nación [...]” (*La Vanguardia* 10/5/ 1916 en Justo 1933: 274). En el mismo sentido, las referencias a fechas patrias como el 25 de Mayo o el 9 de Julio (Justo 1933: 79-84 y 1947: 215).

En los años diez la trayectoria del Partido Socialista a lo largo de casi dos décadas –que además de divisiones internas y confrontaciones con el aparato represivo del Estado, implicó el acceso a la Cámara de Diputados–, había marcado un itinerario discursivo en el que convivía la concepción internacionalista con una particular visión de la nación. Este recorrido del ideario de Juan B. Justo derivaba de la necesidad de constituir un electorado homogéneo entre los trabajadores y a la vez dar respuesta a las necesidades específicas que los distintos sujetos –partidarios y opositores– iban formulando. Los acontecimientos internacionales de mediados del decenio profundizarían algunas de esas tendencias.

Repercusiones de la política internacional

Entre otros aspectos, la Primera Guerra tuvo un papel no menor en la consolidación de las naciones europeas. Aun en países como Francia, con una larga tradición unitaria, la experiencia de la movilización militar significó para muchos el fin de las barreras locales y regionales que los separaban en el interior del país (Weber 1976: 163). Desde el punto de vista ideológico, entre los socialistas argentinos, especialmente en el que nos ocupa, la guerra tuvo un impacto en cierto modo análogo.

Una vez iniciada, “las cosas cambian”, escribía Justo en *La Vanguardia*, y aclaraba “En tiempo de guerra, no se siente ni se piensa como en tiempo de paz”. En diversos artículos y conferencias a lo largo de 1915 este dirigente se vio en la necesidad de explicar la actitud de los socialistas y los trabajadores europeos involucrados en el conflicto contrariamente a sus presupuestos ideológicos. La guerra ponía en evidencia “el error y la ilusión en que hemos vivido” por la “declamada” solidaridad obrera internacional. Ante la nueva situación se debía continuar luchando por la solidaridad internacional pero, no dudó en afirmar, si ésta sólo fuera “la hegemonía del más fuerte nacionalismo, afirmemos con más fuerza que nunca nuestras reivindicaciones de orden político nacional” (Justo 1933: 128-129, 134, 261). Esta debilidad del internacionalismo frente a los efectos psicológicos producidos por el estallido bélico ya había sido prevista en los tiempos de mayor apogeo de la II Internacional por dirigentes de la talla de Engels y Kautsky (Haupt 1978: 271-2). La exaltación patriótica que despertaría una crisis semejante tampoco se le escapaba a socialistas como Jaurés o a dirigentes anarquistas como Koprotkine, dispuestos a defender los valores civilizatorios encarnados por la nación francesa ante una eventual agresión (Winock 1982: 27-28).

Pese a las declaraciones en contra del conflicto europeo y de los intereses que representaba, de su prolongación parecía derivar una conciencia nacional cada vez más acentuada, bien que con los ribetes característicos ya señalados:

El pueblo trabajador [...] a invitación del Partido Socialista, [...] proclama la nacionalidad no como una cuestión de dogma religioso, de tradición ni de color de la piel, sino como la tendencia a la plena solidaridad social entre los habitantes todos de cada territorio constituido como entidad política autónoma (Declaración votada en el mitin del 10/2/1917 en Justo 1933: 138-139).

Nada, sin embargo, iba a poner tan en evidencia el giro que asumía el pensamiento de Justo como el debate por la posición pro intervencionista del grupo parlamentario

socialista, a esa altura ya nutrido por más de una decena de diputados y un senador nacional. En efecto, la censura a Alemania por su ataque a los buques mercantes que, según este dirigente y los que lo acompañaban en la Cámara, ponía en peligro el comercio exterior del país, provocó una intensa polémica por lo que se consideraba una renuncia a los principios internacionalistas y antimilitaristas del programa partidario. El rechazo de su renuncia por el voto general de los afiliados,¹² además del costo de otra escisión, dio sustento a una postura que consideraba: “el Partido Socialista es entre nosotros el partido nacional por excelencia” (Discurso en el Congreso Socialista Extraordinario de 1917, en Justo 1933: 142). Conceptos semejantes fueron vertidos por Justo en mítines como el que se convocó el 1° de Mayo de 1918,

Al robustecer nuestra convicción internacional, afirmamos a la vez nuestro carácter nacional. Es un absurdo suponer que el socialismo sea destructor de lo que el nacionalismo tenga de sano y de sólido.

La lucha de clases, siendo una gran verdad, *es hoy sólo una verdad relativa, frente a la guerra*. Pensemos, pues, que el sentimiento nacional es un factor importante en cuanto expresa solidaridad entre los miembros de una unidad nacional (Justo 1933: 157-158; el subrayado es nuestro).

No parece extraño entonces que, al final de la guerra y ya seriamente cuestionada la II Internacional, se considerara que “el socialismo [...] es originariamente y ante todo un movimiento nacional”, calificativo que, con el de “argentinos”, Justo ya no iba a ahorrar toda vez que se refiriera a los trabajadores del país (Justo 1933: 171-172).

No resulta extraño, entonces, que acontecimientos como los del Octubre Rojo suscitaran respuestas semejantes. Frente a la polémica interna que originó el posible apoyo a la revolución también en este caso se impuso la visión de Justo, con la consecuente separación de afiliados –los “Terceristas”– que reclamaban la incorporación del partido a la Internacional impulsada desde Moscú. Como en la polémica con Ferri, el rechazo de la propuesta se fundaba en el desconocimiento y la lejanía del modelo propuesto por los partidarios de la revolución bolchevique. “¿Los socialistas argentinos tenemos que dirigir nuestra principal atención sobre Rusia o hacia países más afines con el nuestro?”, se preguntaba este dirigente ante el auditorio de los distintos centros de la ciudad de Buenos Aires que recorrió en 1920, a la vez que países reformistas como Australia eran invocados como ejemplos más cercanos a tener en cuenta (Justo 1933: 306 y 324). Más allá de las consecuencias que esto tuviera para el futuro del partido, lo que nos interesa nuevamente aquí es la manera en que el discurso justista fue subrayando una singularidad que reforzaba el contorno de esta nación frente a otras naciones.

¿Quiere decir esto que los conflictos desatados a partir de 1914 hicieron que este dirigente abandonara su posición internacionalista? La propuesta que hiciera en 1922

¹² Hacia 1917 el voto de los afiliados parecía bastante dividido entre la conciencia de clase y la conciencia nacional, si tenemos en cuenta que la posición de Justo y sus partidarios obtuvo 4.210 votos frente a los 3.557 de la oposición (Walter 1977: 143). Aunque este hecho no sea un indicador taxativo –en él también se mezclaba una definición hacia la cúpula partidaria e incluso tal vez hacia la idea de civilización y progreso que encarnaba– ¿se ponía así en evidencia el consenso que había logrado la idea de nación entre sectores cada vez más amplios?

para que la Argentina encabezara una nueva organización del socialismo a nivel mundial, debido a que “es el país y el pueblo internacional por excelencia” (Justo 1933: 184), dista mucho de ofrecer una respuesta afirmativa. Pero el universalismo de *Teoría y Práctica de la Historia* había sufrido una serie de transformaciones en las que los acontecimientos de la Primera Guerra y la Revolución Rusa no habían ocupado un papel secundario. El complejo vínculo que ya podía entreverse entre universalismo y nación había cobrado, pues, perfiles bien definidos en favor del segundo término del binomio. Sin duda la transformación que otros discursos habían operado en vastos sectores de la sociedad a los que también apelaba el socialismo, así como el propio consenso brindado por éstos a la idea de nación –pensemos en las adhesiones que obtuvo una institución como la Liga Patriótica (Mcgee 1984; Rock 1993)– debieron influir en el itinerario que recorrió este dirigente. No pueden comprenderse de otro modo algunas de las propuestas de Justo como su declaración de rechazo a la “invasión del país por clérigos extranjeros” cuando pretendía la separación de la Iglesia y el Estado –más allá del oportunismo de la manifestación– o, más claramente, la promoción de rituales públicos entre las juventudes socialistas. En efecto, según un proyecto concebido poco antes de su muerte, los jóvenes afiliados deberían participar en deportes populares, marchas y campamentos, así como en coros, orfeones y otras actividades artísticas y prestar apoyo a los bomberos voluntarios. Tendrían que crear además “una gran fiesta socialista [...] de gran emoción y significado”. Estas ideas, así como la de que en las manifestaciones partidarias –que “debieran hacerse con estandartes y banderas y, si lo tienen, de uniforme”–, los jóvenes debían “organizar y mantener el orden en la columna de manifestantes” (Justo 1947: 401-402), no parecen distanciarse de ciertas prácticas y discursos nacionalistas de la época. Sin embargo, antes que en una evolución ideológica, la común filiación entre ambas tendencias tal vez resida en los cambios que produjo la instauración de la democracia de masas y la necesidad de captar el interés y canalizar la acción de sectores cada vez más amplios y heterogéneos que tuvieron los distintos partidos políticos.¹³

Algunas conclusiones

Como señalaran los críticos del socialismo argentino y de quien había diseñado su línea de acción en la época de mayor éxito electoral, no cabe duda que Juan B. Justo tenía una concepción universalista en buena medida opuesta a la idea de nación que los intelectuales sesentistas reclamaban. Su internacionalismo, fundado en las leyes biológicas, económicas y sociales que regían la historia, inevitablemente debía conducir a la supresión de una entidad que no obedecía más que a intereses opuestos a los trabajadores. Y sin duda esto debió estar abonado por las experiencias del médico socialista tanto en los via-

¹³ Algunos autores llaman la atención sobre el desafío político que implicó la democracia de masas y la ineficaz respuesta que mereció de parte de las organizaciones de izquierda en países como Italia o Alemania (Gentile 1981; Mosse 1975). En el caso del dirigente socialista argentino, no podemos señalar más que como una sugerencia el intento de adecuación a las nuevas prácticas al término de su vida. Cabe aclarar que el programa de acción de las juventudes socialistas sobre el que argumentamos fue completado por Nicolás Repetto, sucesor en la dirigencia a la muerte de Justo, aunque creemos que, dadas las coincidencias entre ambos, esto no modifica lo que queremos indicar.

jes a Europa, primero de carácter científico y más tarde político, como por la permanente actualización a través de los libros y revistas especializadas que con frecuencia citaba en sus escritos, revelando también en ese sentido una apertura que confirmaba su ideología. Esta certidumbre tiende a debilitarse, sin embargo, cuando consideramos algunos elementos que sin descartar lo anterior proponen una interpretación más compleja.

En efecto, inversamente a lo que se cuestionaba como una posición europeizante, el discurso de Justo evidencia un esfuerzo permanente por adecuar la ideología partidaria a la realidad del país. El programa agrario constituye tal vez el mejor ejemplo de un intento que, lejos de asimilar al país con otros europeos, tendía a establecer diferencias y a encontrar símiles en latitudes mucho más cercanas. La necesidad de constituir un electorado propio lo llevó a formular discursos específicos para los distintos sujetos a los que estaba dirigido. Los trabajadores extranjeros –socialistas o no–, y también los sectores medios. Tanto ante los inmigrantes, buena parte de la clase a la que se dirigía y que debía construirse, como ante los propios afiliados, Justo realizó propuestas que tendían a producir la integración y la conformación de un electorado homogéneo, cualquiera que fuera la recepción efectiva que esto hubiera tenido. En estos mensajes, profundizados a raíz de la Primera Guerra y la Revolución Rusa, utilizaba en sentido positivo e indistintamente términos como los de nación, nacionalismo y patriotismo, pese a que esas construcciones simbólicas tuvieron orígenes y usos muy diferentes en el ámbito europeo. Así, su uso del concepto de nación no lo llevaba a desdeñar el de nacionalismo, como podría suponerse por su orientación ideológica; antes bien ambas expresiones parecían intercambiables habida cuenta de los deslizamientos que se produjeran entre los distintos campos de pensamiento desde los años diez. La mayor diferenciación no estaba, entonces, en los términos sino en el contenido y el signo que les asignaba en función de la clase social. ¿Hasta qué punto el internacionalismo que actuaba como telón de fondo no se veía así transformado por un discurso que pretendía modificar las prácticas sociales y políticas?

Como en otras dimensiones del pensamiento de Juan B. Justo, la democracia y la solidaridad social se hacían extensibles a la idea de nación, constituyendo una visión específica frente a aquéllas que acentuaban los valores históricos, las características étnicas o las prácticas rituales. En tal sentido, es factible pensar que el discurso socialista contribuyó a reforzar otros de extracción bien distinta así como la acción de instituciones que, como la escuela, se orientaban a construir la comunidad imaginaria a la que aludimos al comienzo.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy (2000): “El partido socialista argentino”. En: Zaida Lobato, Mirta (comp.): *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina T. V. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 261-290.
- (1992): “Socialism and Democracy in Argentine in the Age of the Second International”. En: *Hispanic American Historical Review*, 72-2, mayo, pp. 211-238..
- (1989): “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”. En: *Anuario del IEHS* N° IV, pp. 293-333.
- Aricó, José (1999 [1981]): *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Becerra, Marina (2005): “¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo xx”. En: Camarero, Hernán/Herrera, Miguel (eds.): *El partido socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 97-119.
- Berensztejn, Sergio (1989): *Tiempo al tiempo. La política agraria del Partido Socialista Argentino (1900-1919)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires (mimeo).
- (1991): *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*. Buenos Aires: Documento CEDES 60.
- Bertoni, Lilia Ana (2001): *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Camarero, Hernán y Miguel Herrera (2005): “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”. En: Camarero, Hernán/Herrera, Miguel (eds.): *El partido socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 9-73.
- Devoto, Fernando (1992): “Idea de nación, inmigración y ‘cuestión social’ en la historiografía académica y en los libros de texto de Argentina (1912-1974)”. En: *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, N° 3, UNL, pp. 9-30.
- (2002): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores.
- Dickmann, Adolfo (1933 [1916]): *Nacionalismo y socialismo*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Porter.
- Falcón, Ricardo (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL.
- (1986-1987): “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”. En: *Anuario* 2ª época, N° 12.
- García Sebastiani, Marcela (2005): *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política Argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gely, Patricio (2005): “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones”. En: Camarero, Hernán/Herrera, Miguel (eds.): *El partido socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 121-143.
- Gellner, Ernest (1988): *Naciones y nacionalismo*. México, D. F.: Alianza Editorial.
- Gentile, E. (1981): *Il mito dello Stato Nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*. Roma/Bari: Laterza.
- Girardet, R. (1983): *Le nationalisme français. Anthologie*. Paris: Le Seuil.
- Halperin Donghi, Tulio (1987): “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina. (1810-1914)”. En: *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 189-238.
- Haupt, Georges (1978): *L'Internazionale Socialista dalla Comune a Lenin*. Torino: Einaudi.
- Hobsbawn, Eric (1988): “Introduction: Inventing Traditions”. En: Hobsbawn, E./Ranger, T. (eds.): *The Invention of Traditions*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-14.
- (1992) *Naciones y nacionalismo desde 1870*. Barcelona: Crítica.
- Justo, Juan B. (1917): *La cuestión agraria*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1931 [1909]): *Obras T. IV. Teoría y práctica de la historia*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1933) *Obras T. V. Internacionalismo y patria*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1947): *Obras T. VI. La realización del socialismo*. Buenos Aires: La Vanguardia. [Recopilación de discursos y escritos publicados entre 1892 y 1920.]
- Labrousse, Roger (1946): *Ensayo sobre el jacobinismo*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Mcgee, Sandra (1984): “The Visible and Invisible Liga Patriótica Argentina, 1919-1928: Gender Roles and the Right Wing”. En: *Hispanic American Historical Review*, Vol. 64, N° 2, pp. 233-258.

- Mosse, G. (1975): *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germani (1915-1933)*. Bologna: Il Mulino.
- Ozouf, Mona (1984): *L'école de la France*. Paris: Gallimard.
- Pan, Luis (1991): *Juan B. Justo y su tiempo. Apuntes para una biografía intelectual*. Buenos Aires: Planeta.
- Portantiero, Juan C. (1999): *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Puiggrós, Rodolfo (1986): *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Ricaurte Soler (1968): *El positivismo argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Rock, David (1993): *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires: Ariel.
- Solberg, Carl (1970): *Inmigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin/London: University Texas Press.
- Tortti, María C. (1988): *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2002): “La nueva izquierda a principios de los '60: socialistas y comunistas en la revista CHÉ”. En: *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, N° 22-23, UNL, pp. 145-162.
- Walter, Richard (1977): *The Socialist Party of Argentina (1890-1930)*. Austin: University of Texas Press.
- Weber, Eugen (1976): *Da contadini a francesi. La modernizzazione della francia rurale 1870-1914*. Bologna: Il Mulino.
- Winnock, Michel (1982): “Nationalisme ouvert et nationalisme fermé”. En: *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*. Paris: Editions du Seuil, pp. 11-40.